

NOTA CRÍTICA Y RECENSIONES NEWS AND VIEWS & REVIEWS

UNA NOTA CRÍTICA SOBRE “LA REVOLUCIÓN QUE NO FUE” DE MCBREARTY Y BROOKS (2000)¹

“A critical note on McBrearty and Brooks’ (2000) ‘The revolution that wasn’t’”

RESUMEN: McBrearty y Brooks (2000) ofrecen una importante revisión de la evidencia arqueológica africana que sostiene que (1) la conducta moderna aparece de manera gradual, no brusca, y (2) aparece en África, no en Europa. A partir de ambas conclusiones, las autoras critican el modelo de ‘revolución humana’. Mi trabajo muestra que la segunda afirmación no es negada por ninguno de los defensores de tal modelo, pues todos ellos consideran que la modernidad conductual surgió en África, no en Europa.

Palabras clave: Modelo de “revolución humana”. Conducta moderna. Sally McBrearty. Allison Brooks. Paleolítico Superior.

ABSTRACT: McBrearty and Brooks (2000) provide us with a very important review of the African archaeological evidence. Two core claims are offered from that review: (1) modern behavior emerges gradually, not abruptly; and (2) it emerges in Africa, not in Europe. According to both claims, McBrearty and Brooks criticize the “human revolution” model. My paper aims at showing that the second claim is not denied by any of the proponents of such a model. In fact, all of them consider modern behaviour to have emerged in Africa, not in Europe.

Key words: “Human revolution” model. Modern behavior. Sally McBrearty. Allison Brooks. Upper Palaeolithic.

La noción de revolución ha sido tradicionalmente muy usada para explicar el cambio (social, cultural, político, etc.), y el estudio de la evolución humana no ha sido ajeno a ella: “Origins and revolutions are sought after as both the source of evidence and the causal device that, in the long corridors of pre-historic time, transformed hominids into humans” (Gamble, 2007: 3). Dentro de la paleoantropología, tal noción se ha aplicado especialmente a la transición entre Paleolítico Medio y Superior europeos,

dado el importante salto conductual y cognitivo que parece existir entre ambos (Bar-Yosef, 1998, 2002; Mellars, 1989, 1994, 1998, 2005; Mellars y Stringer [eds.], 1989 o Tattersall, 1998), originando el modelo de “revolución humana”:

For at least the past 15 years, most reconstructions of later evolutionary history have featured a relatively brief and dramatic shift known as the “human revolution” [...] The “human revolution” model proposes a dramatic alteration in human behavior at the Middle Paleolithic to Upper Paleolithic transition at about 40 ka. (McBrearty y Brooks, 2000: 453).

McBrearty y Brooks (2000) (en adelante, MB) efectuaron una amplia crítica de tal modelo, que a

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación “Biolingüística: fundamento genético, desarrollo y evolución del lenguaje” (HUM2007-60427/FILO), subvencionado por el Ministerio de Educación y Ciencia y cofinanciado parcialmente por fondos FEDER.

su juicio ignora la gran importancia del registro arqueológico africano. De hecho, MB es un fundamental estado de la cuestión sobre arqueología africana, a partir del que sostienen dos tesis: (1) el surgimiento de la modernidad conductual es gradual, no abrupto, y (2) acaece en África, no en Europa. Aunque la conducta moderna parece surgir de repente en Europa hace 40.000 años, se puede rastrear en África mucho tiempo antes, pero de manera gradual y dispersa. Por ello, tal modelo de revolución “is fatally flawed. Modern humans and modern human behaviors arose first in Africa” (MB: 454)², pudiendo sólo entenderse como reflejo de un eurocentrismo acusado, que eleva a norma lo que es excepción. En resumen, si se reconoce que la conducta moderna surgió en África, “The European Upper Paleolithic is freed of encumbrance of false rethoric about human origins and human revolutions” (MB: 534)³.

Es innegable el valor de MB, cuya ingente revisión sistematiza los datos africanos y muestra que son la clave para analizar la modernidad conductual. Además, desde su publicación hallazgos muy importantes han refrendado su reivindicación del registro africano. Por citar dos, tal es el caso de las 41 conchas perforadas de la cueva Blombos, datadas 39 de ellas en 75.000 años (nivel M1) y otras 2 en 78.000 años (nivel M2) (D’Errico *et al.*, 2005), o los dos fragmentos de ocre con grabados geométricos también descubiertos en Blombos (Henshilwood *et al.*, 2002), datados en 77.000 años y considerados las piezas de arte más antiguas del mundo (Lewis-Williams, 2002: 101)⁴.

Dejando bien sentado, pues, que esta nota no cuestiona el valor de MB ni su tesis del surgimiento

² También señalan que “It is particularly critical that the Middle to Upper Paleolithic transition in Europe not be confused with the origin of *H. sapiens*” (MB: 530). Sin embargo, nadie parece confundir ambos planos.

³ McBrearty (2007: 145) efectúa la misma crítica a tal modelo: “The term ‘Human Revolution’ is a serious misnomer. [...] It was built upon the belief that the Middle to Upper Palaeolithic transition represented rapid *in situ* change, rather than a population replacement”.

⁴ Esas evidencias africanas han provocado que autores que habían sostenido el origen muy reciente del simbolismo hayan tenido que retrotraer su aparición: mientras Noble y Davidson (1991: 223) escribían que “There are no signs of symbols in the archaeological record prior to about 32,000 years ago”, Davidson (2003: 155) ya reconoce que “The evidence for symbol use goes back 70,000 years ago”.

gradual de la modernidad en África (algo que parece bien establecido), lo que sí desea mostrar es que ambas autoras construyen una crítica irreal en un sentido concreto: prácticamente ninguno de los defensores del modelo de revolución humana ha sostenido que esos rasgos modernos se originaron en Europa *per se*, ni surgieron, por tanto, específicamente en el Paleolítico Superior europeo⁵. La suposición de que rasgos como el arte, tecnología compleja o simbolismo en general fueron desarrollos europeos efectivamente fue una idea asumida tradicionalmente, en parte debido a la gran asimetría entre el registro europeo (muy bien conocido) y el africano (apenas excavado). Sin embargo, los defensores del modelo de revolución humana (que es mucho más reciente) no vinculan el origen de la conducta moderna a Europa. De hecho, casi todos los autores citados por MB como defensores de ese modelo (*cf.* MB: 453) sostienen que esos rasgos modernos que aparecen en Europa ya se rastrean mucho antes en África, y que llegaron a Europa de la mano de poblaciones africanas. En otras palabras, mientras algunos de esos defensores del modelo de revolución consideran que la modernidad conductual aparece de manera brusca, pero en África (Bar-Yosef, 1998, 2002; Klein, 2000; Klein y Edgar, 2002), lo que prácticamente nadie sostiene es que se originara en Europa. Para mostrar tal aspecto, expondré brevemente el pensamiento de cuatro de los autores citados por MB como defensores del modelo de revolución humana: Jared Diamond⁶, Richard Klein, Ofer Bar-Yosef y Paul Mellars.

Diamond (1992: 27) señala, sobre los rasgos que conforman la conducta moderna, que “Cuando menos en Europa, dichos atributos aparecieron inesperadamente en el lapso de tiempo en que el hombre de Cromañón reemplazó al de Neandertal”. Pero tales palabras no presuponen un origen europeo de esos atributos (*cf.* Diamond, 1992: cap. 2): de hecho,

⁵ A pesar de ello, la tesis de MB ha tenido gran seguimiento; un ejemplo reciente en nuestro ámbito es Martín-Loeches (2007: 119), quien señala que gracias a MB “descartamos la hipótesis de la ‘revolución humana’, según la cual todo esto surgió a la vez, y además en Europa. Parece evidente que hubo una progresión de avances intelectuales mucho antes en África [...]”.

⁶ Diamond no es un referente en paleoantropología, pero muestra cómo ni siquiera fuera de la paleoantropología se asume que la modernidad conductual fue un desarrollo específicamente europeo.

según Diamond, los rasgos modernos se habían originado mucho tiempo antes en África; ese cambio súbito se produce cuando “aparecieron en Europa seres humanos con una constitución anatómica plenamente evolucionada y que trajeron consigo el arte, los instrumentos musicales, la iluminación, el comercio y el progreso” (Diamond, 1992: 50). El origen africano de tales cambios es más claramente afirmado cuando escribe que “En Europa, el gran salto adelante fue seguramente consecuencia de un salto similar que ya se había producido, en el transcurso de algunas decenas de miles de años antes, en las zonas de Oriente Próximo y África” (Diamond, 1992: 50)⁷. Y llega a afirmar, en línea muy similar a MB, que “se ha descrito el gran salto adelante como si todos los avances en el terreno de la fabricación de herramientas y de la creación artística hubieran aparecido simultáneamente hace cuarenta mil años. Ahora bien, la realidad es que las diferentes innovaciones se produjeron en momentos distintos” (Diamond, 1992: 73). Por ello, no parece existir en Diamond asunción de eurocentrismo (entendiendo por tal sostener un origen europeo de la conducta moderna), y ni siquiera de carácter abrupto de la aparición de la modernidad. Aunque a su juicio hace 100.000 años los humanos aún no tenían conducta moderna (algo que rechazan MB), lo cierto es que Diamond apunta a África, no a Europa, como el foco de ese “gran salto adelante”.

En cuanto a Klein, es cierto que defiende una revolución producida hace 50.000 años, por lo que no concuerda con la gradualidad que postulan MB, pero tampoco afirma que la revolución se origina en Europa, sino en África, exportándose más tarde a nuestro continente. Según Klein (2000: 27), ese avance conductual “occurred in Africa and not in Europe” (cf. también Klein, 2000: 17). Más claros todavía son Klein y Edgar (2002: 8): “we stress that Enkapune Ya Muto and other East African site places the LSA firmly before the Upper Paleolithic in Europe” (Klein y Edgar, 2002: 235), de modo que “Spectacular as it is, the European Upper Paleolithic, beginning around 40,000 years ago, was simply an outgrowth of behavioural change that occurred in Africa perhaps 5,000 years earlier” (Klein y Edgar, 2002: 263-264). Teniendo en cuenta

también que según Klein y Edgar (2002: 262) “Most authorities highlight European findings, but we have stressed even older evidence for the ‘dawn’ in Africa”, difícilmente se podría relacionar a Klein con la afirmación de un origen europeo de la modernidad.

Lo mismo se aplica a Bar-Yosef. Aunque sostiene el carácter de revolución de la transición entre el Paleolítico Medio y Superior (Bar Yosef, 1998, 2002), niega que esa revolución fuera un desarrollo europeo; al comparar el registro arqueológico neandertal y cromañón, “we are not studying a revolution that occurred *in situ*” (Bar-Yosef, 1998: 152). A su juicio, el área germinal de esa revolución podría ser el Este de África o el Levante (Bar-Yosef, 2002 amplía las posibilidades a Sudáfrica y valle del Nilo). Así, aunque defiende un origen abrupto de la modernidad, rechaza que ocurriera en Europa.

El último autor considerado, Paul Mellars, pues ha sido tradicionalmente uno de los mayores defensores del modelo de revolución. Aunque siempre ha enfatizado que el Paleolítico Superior es “one of the most important developments in human history” (Mellars, 1973: 255), eso no supone que atribuya un origen europeo a los rasgos del Paleolítico Superior. En un comentario sobre MB, Mellars (2005: 24) escribe que “Indeed, I had tried to make the same points myself in 1989, when I discussed in retail the archaeological records from Klasies River Mouth and elsewhere showing a much earlier emergence of many distinctively ‘modern’ (or even Upper Paleolithic) technological features in southern Africa than in Europe or the Near East”. Trabajos como Mellars (1989, 1994) confirman tal aspecto.

Es cierto que según Mellars (1989: 361) en Europa la aparición del simbolismo se asocia con el paso del Paleolítico Medio al Superior, pero eso no supone que el simbolismo fuera una invención europea, sino que “would appear to indicate a rapid expansion coinciding fairly closely with the first appearance of anatomically modern humans throughout western Eurasia” (Mellars, 1989: 363). Ese aspecto es especialmente claro en la discusión del registro africano que efectúa en el subapartado “The problem of origins” (Mellars, 1989: 367 y ss.). No sólo reconoce que “Many of the lithic assemblages of the Middle Stone Age reveal a number of features which in an European context would be more at home in an Upper than in a Middle Palaeolithic context” (Mellars, 1989: 367), sino que

⁷ Diamond (1992: 460) insiste en que “Ese salto conductual sin duda debió de fraguarse fuera de Europa”.

afirma que “The African evidence, as a whole, therefore, could be argued to demonstrate not only the earliest occurrence of fully modern physical types but also the early appearance of at least some of the distinctive technological and cultural features of Upper Palaeolithic communities in other regions of the Old World” (Mellars, 1989: 369).

También Mellars (1994) rechaza el origen europeo de las innovaciones del Paleolítico Superior, las cuales reflejan la sustitución de poblaciones autóctonas “por grupos humanos de origen no europeo que de hecho colonizaron el continente [...]” (Mellars, 1994: 58). Y sobre el origen de tales cambios, Mellars (1994: 62) escribe que “existe evidencia clara de que al menos *muchos* de los rasgos distintivos de la tecnología del Paleolítico Superior ya se habían desarrollado en varios puntos del oeste asiático y en África hacia el 45.000-50.000 BP, es decir, como mínimo cinco o diez mil años antes de emerger en buena parte de Europa”⁸. Nótese que incluso extiende el origen no europeo a aspectos como el arte: “esta repentina explosión de creatividad artística [...] coincide prácticamente con la primera aparición de poblaciones humanas anatómicamente ‘modernas’ en la Europa Central y Occidental” (Mellars, 1994: 72).

En suma, una revisión de los autores que han sostenido el modelo de revolución humana muestra que aunque algunos se decantan por una emergencia abrupta de la modernidad, asumen un origen africano, no europeo, de tal modernidad. Por ello, esta reflexión de Mithen (2006: 496, n. 27) sobre MB parece plenamente justificada: “Elaboran su artículo enfrentándose con aquellos que han sostenido que el comportamiento moderno de originó en el Paleolítico superior de Europa, hace unos 40.000 años; pero con eso erigen, creo yo, a una especie de hombre de paja contra el que discutir”.

Para concluir, si eurocentrismo implica extrapolar a África la aparición abrupta en Europa de la modernidad conductual, como sostienen Klein o Bar-Yosef entre otros, entonces tal eurocentrismo podría existir; pero si significa atribuir un origen europeo a los rasgos modernos, el eurocentrismo no se aprecia.

⁸ Aunque las fechas señaladas se han atrasado, como reconoce el propio Mellars (2002), eso no afecta al reconocimiento del origen africano, de nuevo reafirmado en tal trabajo.

Bibliografía

- BAR-YOSEF, O. (1998): “On the nature of transitions: the Middle to Upper Palaeolithic and the Neolithic revolution”, *Cambridge Archaeological Journal*, 8/2, pp. 141-163.
- (2002): “The Upper Paleolithic revolution”, *Annual Review of Anthropology*, 31, pp. 363-393.
- DAVIDSON, I. (2003): “The archaeological evidence of language origins: States of art”. En CHRISTIANSEN, M. y KIRBY, S. (eds.): *Language evolution*. New York: Oxford University Press, pp. 140-157.
- D’ERRICO, F.; HENSHILWOOD, C.; VANHAEREN, M. y VAN NIEKERKE, K. (2005): “*Nassarius kraussianus* shell beads from Blombos Cave: evidence for symbolic behaviour in the Middle Stone Age”, *Journal of Human Evolution*, 48, pp. 3-24.
- DIAMOND, J. (1992): *The third chimpanzee*. New York: Harper Collins. Cit. por la trad., *El tercer chimpancé*. Madrid: Espasa-Calpe, 1994.
- GAMBLE, C. (2007): *Origins and revolutions. Human identity in earliest Prehistory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HENSHILWOOD, C.; D’ERRICO, F.; YATES, R.; JACOBS, Z.; TRIBOLO, C.; DULLER, G.; MERCIER, N.; SEALY, J.; VALLADAS, H.; WATTS, I. y WINTLE, A. (2002): “Emergence of modern human behaviour: Middle Stone Age engravings from South Africa”, *Science*, 295, pp. 1278-1280.
- KLEIN, R. (2000): “Archaeology and the evolution of human behavior”, *Evolutionary Anthropology*, 9, pp. 17-36.
- KLEIN, R. y EDGAR, B. (2002): *The dawn of human culture*. New York: John Wiley.
- LEWIS-WILLIAMS, D. (2002): *The mind in the cave. Consciousness and the origins of art*. London: Thames & Hudson. Cit. por la trad., *La mente en la caverna. La conciencia y los orígenes del arte*. Madrid: Akal, 2005.
- MARTÍN-LOECHES, M. (2007): *La mente del ‘Homo sapiens’. El cerebro y la evolución humana*. Madrid: Aguilar.
- MCBREARTY, S. (2007): “Down with the revolution”. En MELLARS, P.; BOYLE, K.; BAR-YOSEF, O. y STRINGER, C. (eds.): *Rethinking the human revolution: New behavioural and biological perspectives on the origin and dispersal of modern humans*. Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research, pp. 133-151.
- MCBREARTY, S. y BROOKS, A. (2000): “The revolution that wasn’t: a new interpretation of the origin of modern human behavior”, *Journal of Human Evolution*, 39, pp. 453-563.
- MELLARS, P. (1973): “The character of the Middle-Upper Palaeolithic transition in south-west France”. En RENFREW, C. (ed.): *The explanation of cultural change: Models in prehistory*. London: Duckworth, pp. 255-276.

- (1989): “Major issues in the emergence of modern humans”, *Current Anthropology*, 30, pp. 349-385.
- (1994): “The Upper Palaeolithic revolution”. En CUNLIFFE, B. (ed.): *Oxford illustrated Prehistory of Europe*. Oxford: Oxford University Press, pp. 42-78. Cit. por la trad., “La revolución del Paleolítico Superior”. En CUNLIFFE, B. (ed.): *Prehistoria de Europa Oxford*. Barcelona: Crítica, pp. 47-81.
- (1998): “Neanderthals, modern humans and the archaeological evidence for language”. En JABLONSKI, N. y AIELLO, L. C. (eds.): *The origin and diversification of language*. San Francisco: California Academy of Sciences, pp. 89-115.
- (2002): “Archaeology and the origins of modern humans: European and African perspectives”. En CROW, T. (ed.): *The speciation of Modern Homo sapiens*. Proceedings of the British Academy, 106. Oxford: Oxford University Press, pp. 31-47.
- (2005): “The impossible coincidence. A single-species model for the origins of modern human behavior”, *Evolutionary Anthropology*, 14, pp. 12-27.
- MELLARS, P. y STRINGER, C. (eds.) (1989): *The human revolution: Behavioral and biological perspectives on the origins of modern humans*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- MITHEN, S. (2006): *The singing Neanderthals. The origins of music, language, mind and body*. London: Weidenfeld & Nicholson. Cit. por la trad., *Los neandertales cantaban rap. Los orígenes de la música y el lenguaje*. Barcelona: Crítica, 2007.
- NOBLE, W. y DAVIDSON, I. (1991): “The evolutionary emergence of modern human behaviour: Language and its archaeology”, *Man (New Series)*, 26/2, pp. 223-253.
- TATTERSALL, I. (1998): *Becoming human: Evolution and human uniqueness*. New York: Harcourt Brace. Hay trad., *Hacia el ser humano. La singularidad del hombre y la evolución*. Barcelona: Península, 1998.

Victor M. Longa

Universidad de Santiago de Compostela